



Diario de un Parkinsoniano II

Mi hermana, mi amiga
diariodeunparkinsoniano

2017-06-28 21:43

No, no me he equivocado, no es una entrada repetida.

Mi hermana, mi amiga, se llama Lucía.

Lucía, que desde que tengo la enfermedad no deja de preocuparse por mí.

Mi familia está tan poblada de primos, que parece que formamos una manada de lobos.

De hecho, nos protegemos los unos a los otros.

Como toda familia en estos tiempos, tenemos un grupo de WhatsApp, “La Canallá”.

Así nos llamaba mi tía María, con su acento extremeño y movimiento ligero de mano, al blandir la zapatilla si nos portábamos mal.

Somos tantos que al final los nombres se repiten. Yo creo que nuestras madres competían para tenernos, sólo por el hecho de elegir el nombre, de sus padres, madres o abuelos.

Así que tenemos varios Gabrieles, varias Lucías, Rosas, Julianes e incluso un Bernardo y una Bernarda.

No es de extrañar que acabemos llamándonos Antoñito, Luchi, Rosi, Rola, Vito, Gabrielín, Txin...

Y por supuesto, mi hermana, no iba a ser menos: Lu, la niña de tía Hilaria, o, como me gusta llamarla a mí simplemente, niña.

Porque para mí siempre será una niña.

Por mucho que suene raro, o por mucho que mis sobrinos me riñan cuando me oyen llamarla.

El primer recuerdo que tengo de ella es esperando a que llegara del hospital, en casa de mis padres, con casi tres años, rodeado de tías y de mi abuela.

De repente la puerta se abrió, apareciendo mi padre, que se apartó con delicadeza, dejando pasar a mi madre. Y en sus brazos, muy pequeñita, estaba ella.

Mis tías se arremolinaron entorno a mi madre, pero ella, decidida, se abrió paso y fue directamente hacia mí, abrumado por tanto alboroto.

Y entonces la conocí.

Pequeña, con sus ojos cerrados, dormidita, sin enterarse de lo que ocurría a su alrededor.

Me acerqué para besarla y, como si me presintiera, sonrió.

Y yo sentí por primera vez aquella conexión que me une a ella.

Poco a poco fuimos creciendo.

Los sábados nos gustaba meternos debajo de la mesa de la cocina, que hacía las veces de techo de nuestra casa imaginaria, oyendo de fondo la radio y a mi madre hablando con la vecina mientras tendía la colada o preparaba la comida.

Ahora que lo pienso, es curioso. Es el mismo juego que a mis sobrinos les vuelve loco.

Siempre me cogía la mano con fuerza para cruzar la carretera, o cuando veía aterrada algún perro. Le daba mi dedo índice y ella lo rodeaba con sus pequeños dedos.

Y poco a poco nos fuimos haciendo mayores.

Hasta que un 15 de Julio, decidió volar en solitario, y abandonar el nido.

Nunca vi a mis padres tan tristes. Mi padre serio, tragándose todo por dentro, y mi madre medio ida, que de tanto llorar se quedó sin lágrimas, aquella noche interminable, en que ninguno de nosotros, incluida mí hermana, pegó ojo.

El tiempo da otra perspectiva, y ahora veo que aquello fue necesario. Dos trenes yendo por la misma vía acaban chocando, y antes que ocurriera, mi hermana decidió cambiar de vía.

Aquella temporada fue muy dolorosa para mí. Es difícil decidir, y mucho más dividir el corazón, entre las personas que más quieres.

Así fue pasando el tiempo y poco a poco las heridas se fueron cerrando, hasta que un día ella me dijo que había empezado a salir con un chico, que acabó siendo mi cuñado, Javi.

Siempre me meto con él, sólo por el hecho de ser mi cuñado, y él hace lo mismo conmigo.

Pero con el paso de los años me ha demostrado que es una buena persona que se desvive por su mujer, sus hijos y sus suegros. Y sé que, aunque él no me lo diga, también por mí.

Nacieron mis sobrinos.

Y al ver a mi sobrina, tuve la suerte de tener otra vez ante mí a aquella niña con la que compartí tantos momentos, con sus trenzas interminables, y su cara sonriente.

Aunque se haya convertido en una mujer hecha y derecha, segura de sí misma, para mí, por mucho que pase el tiempo, siempre será esa niña que me presentó mi madre, escoltada por mi padre, aquella mañana de mayo de 1975.

Te quiero mucho, niña.

Hermana, amiga.

Palabras y sentimientos
diariodeunparkinsoniano

2017-07-01 03:32

Hoy cumpla 45 años.

Mi amiga Juana, impaciente, se ha adelantado y me ha hecho un regalo muy personal.

Ha reunido todos los relatos de este blog, los ha encuadernado y al librito lo ha titulado "Relatos de una vida".

Sus ojos brillaban como una chiquilla al dármelo.

Ella, una de mis "amigas-hermanas", me conoce bien.

En general, las personas que lo han leído se han quedado un poco sorprendidas, al ver cómo me expreso escribiendo.

La verdad, no sé realmente la razón.

O quizás sí.

Conforme he ido cumpliendo años me ha empezado a importar muy poco lo que piense la gente de mí.

Y la gota que ha colmado el vaso ha sido el Parkinson.

Unos días después de diagnosticármelo me di cuenta de lo que realmente importa: Que la carne no es nada sin el alma. Y que sin el alma no eres nada.

He vivido demasiado tiempo pendiente de los demás.

Encerrado en una coraza, pensando que así me protegía.

El problema de esa coraza es que aparentemente lo hace, pero no deja mostrarte tal como eres.

Quizás, como me ha dicho mi hermana cariñosamente después de leer "Mi hermana, mi amiga", soy un poco moñas.

Y que más da.

Otra compañera de la EGB me ha dicho que convierto los sentimientos en palabras.

Ella, que, a pesar de todo lo que ha sufrido en esta vida, no deja de tener esa sonrisa eterna, que yo siempre recuerdo de cuando éramos pequeños.

No lo sé.

Lo que sí sé, es que escribo con el corazón. Cada sílaba. Cada palabra, cada frase. Cada párrafo.

Ojeando el librito, me he dado cuenta que he ido vaciando mis sentimientos en estos relatos.

Desde el primer hasta el último.

El primero, “Motivación”, me sirvió para quitar presión, como cuando una olla exprés empieza a silbar.

Después de aquello tardé en escribir.

Hasta que volví de aquella casa rural, donde me hicieron recordar que es mejor vivir en el presente, día a día, sin preocuparte demasiado por el mañana.

Tomé “la mejor medicina”, descubriendo que es mejor caminar “siempre juntos” que en solitario.

A partir de ahí algo en mi interior despertó.

Tiene gracia, porque desde entonces apenas duermo.

Así que cuando no estoy caminando o haciendo fotos en los ratos que me deja libres el trabajo, escribo estos “relatos insomnes”

Mis sobrinos (“los mellizos”) también me han hecho su regalo. Aunque el que más me ha gustado ha sido, como siempre, su cariño sincero y puro.

Desafortunadamente, hoy no podré celebrar mi cumpleaños con mi tío Julián, ni con mi amigo Gabriel.

Tampoco con mi amigo “navarro-maño-londinense” Eugenio, aquel que me regaló “la medalla”.

Ni con mis padres “Dionisio” e “Hilaria”, o “mi hermana, mi amiga”.

Hoy lo celebraré con el resto de mis amigos (incluida Ana, “mi amiga, mi hermana”), que, sin poner ningún reparo me hicieron un hueco en sus vacaciones, a pesar de avisarles apresuradamente aquella tarde que decidí mandarlo todo a la m...

No sé cuál será el siguiente relato.

Ni mucho menos que me deparará el destino.

Pero si sé una cosa...

Juanita: Vamos a por el tomo II...

El amor (casi) siempre triunfa diariodeunparkinsoniano

2017-07-08 20:28

Aunque yo no tenga pareja, sé que es cierto.

Sé que nunca hablo de estos temas, sobre todo por la timidez heredada de mi niñez.

Ahora ya no me preocupa encontrar el amor de mi vida.

En parte porque he madurado. Y en parte porque no quiero ser un egoísta, y hacer sufrir a nadie si la enfermedad avanza.

No sé muy bien porqué el amor triunfa, pero lo he visto muchas veces a mi alrededor.

Los casados o “arreguntados” siempre me dicen que vivo muy bien y que soy muy afortunado siendo soltero, haciendo lo que me da la gana.

Solo ven el lado “positivo”, creyendo en la falsa libertad que da el estar sólo, y que las mujeres “crecen como setas” y que se tiran a tu cuello nada más verte, yendo toda la noche de discoteca en discoteca.

No saben lo afortunados que son.

Aunque a veces los traten como a bebés, y sus mujeres se comporten como sus madres, enojadas al ver esa mancha en la ropa.

O les reprochen el no estar el tiempo suficiente con su hijo.

O les digan que si quieren una chacha se vayan con su madre.

O que dejen de derrochar yéndose al bar en lugar de compartir las tareas de la casa.

La lista de reproches es innumerable.

Entonces, pienso, me cambiaría por ellos.

Sin dudarlo.

Aunque fuera sólo una noche.

Aunque sólo fueran unas horas.

Que no me importaría sentir el aliento cálido de mi mujer en la espalda, en el frío de la madrugada.

O esa mirada, que sin hablar dice te quiero en la cama, abrazados antes de hacer el amor.

O el beso tierno de un hijo al despertar por la mañana diciendo “papá, juega conmigo”.

O ese paseo por la orilla del río, agarrados de la mano, mirando como el atardecer deja paso a la luna, que se adueña poco a poco del firmamento.

O esa bronca (injustificada o no), que en realidad dice “me importas demasiado cariño, haz las cosas bien”.

O ese abrazo reconciliador, que siempre acaba en beso, cuando las dos partes ceden, entendiendo el desgaste de la convivencia.

Quizás sea una utopía, y la realidad no sea así.

Pero sí sé, que muchas veces, la llama del amor se va apagando con el tiempo.

Y también sé que, como en una hoguera que ha ardido mucho tiempo, aún hay brasas incandescentes que guardan el calor en su interior, y que sólo hace falta un pequeño rescoldo para que renazca de nuevo.

Sólo en un pequeño porcentaje la cosa no tiene remedio.

Cuando hay violencia de por medio.

O cuando descubres que tu pareja, a pesar de tener tu misma edad, se ha quedado atrapada en los eternos dieciséis, cuando lo primero eras tú, lo segundo tú, y finalmente lo tercero, también tú.

Entonces, por mucho que duela, lo mejor es dejarlo ir.

En parte por él.

Pero, sobre todo, por ti.

Gabriel

diariodeunparkinsoniano

2017-07-09 17:08

Aquella mañana de marzo de 1936, Gabriel, como cada día, se dedica a cuidar el rebaño de ovejas merinas que tiene a su cargo.

La primavera se ha adelantado y hace calor, así que se encuentra tumbado a la sombra de una encina, cobijándose del Sol.

Físicamente está allí, pero en realidad su mente está en otra parte.

Está preocupado.

Lucía, su mujer, ha salido de cuentas. Y, aunque no es nada nuevo para ella porque ya tiene dos niñas, presiente que este parto es diferente.

Se avecinan tiempos muy revueltos.

Por lo que ha oído en el pueblo, algo se mueve en África, y, tiembla sólo de pensarlo.

Conoce bien aquella zona, aunque no es ningún experto erudito. Lo ha sufrido en sus propias carnes cuando era más joven, hace ya 15 años, durante el servicio militar.

Sin comerlo ni beberlo, se encontró inmerso en lo que después fue a llamarse “el desastre del 21”, en la guerra del Riff.

Casi nadie sabe que participó en aquella ridícula guerra, sólo sus más allegados.

No le gusta hablar de aquella época, y aún tiene pesadillas.

En ellas revive de nuevo el asedio que sufrieron por “los moros”, hasta que finalmente, exhaustos y hambrientos, acabaron rindiéndose.

Al comienzo del asedio eran todo un batallón, orgullo del ejército español. Bien formado, con sus mosquetones limpios y relucientes.

Cuando acabó aquella pesadilla, sólo quedaban unos pocos hombres, hambrientos, sucios, llenos de piojos y esqueléticos.

Durante días resistieron como jabatos, disparando sus mosquetes sin parar, pero conforme fue pasando el tiempo, sus ánimos fueron decreciendo, a la vez que sus reservas de comida, y, sobre todo, de agua.

Aunque vio morir a muchos de sus compañeros, recuerda especialmente la muerte de su amigo del alma, Juan, cuando aquella maldita bala de plomo le reventó el pecho, hiriéndole mortalmente en el corazón.

Juan aguantó apenas unas horas mientras se iba desangrando lentamente, y Gabriel, durante todo aquel tiempo, estuvo consolándole hasta que exhaló su último aliento.

Cuando por fin los liberaron, estaban muertos de hambre. Gabriel siempre recordará la primera comida: Un huevo de gallina cocido, que se tragó de golpe.

Los médicos, tras examinarlos, decidieron alimentarlos poco a poco, para que el cuerpo se fuera adaptando sin problemas.

Gabriel recuerda amargamente aquel suceso. Nadie les dio las gracias. Nadie les reconoció su esfuerzo y el derramamiento de su propia sangre.

Durante un tiempo estuvo en un hospital recuperándose, hasta que una tarde le dieron el alta, y casi de manera clandestina y oculta lo mandaron de nuevo a su tierra, Aliseda.

Allí le esperaban sus padres, y sobre todo sus hermanos. En total formaban una prole de seis hermanos, entre ellos Juan, Frasco y Marciano.

Una tarde de Domingo, en el baile del pueblo, conoció a su futura mujer, Lucía.

En realidad, ya la había visto antes. Bajita y menuda, era una mujer hermosa y con un fuerte carácter.

Le llamaban “la vinagre”. Aunque la gente creía que ese sobrenombre era por su forma de ser, en realidad era por el apellido de su madre, Vinagre, a la que Lucía nunca logró conocer, al morir en el mismo parto.

El padre de Lucía era un tratante de animales portugués, que con el tiempo se volvió a casar con la maestra del pueblo, y fruto de aquella unión nació su única hermana.

La fatalidad hizo que al final sólo quedaran vivos Lucía y su padre, así que, ya desde muy niña, se tuvo que encargar de las tareas del hogar y de él.

Al contrario que la mayoría de hombres y mujeres de aquella época, Lucía sabía escribir, gracias a su madrastra.

Incluso se podía decir que era una mujer adelantada para su época.

Sobre todo, había dos temas sobre los que no opinaba en público por miedo a la represión, pero con los que estaba muy en contra.

Uno eran los militares, que, aprovechándose del anonimato e impunidad que da el uniforme, golpearon a su madrastra y hermana hasta dejarlas sin vida, por el simple hecho de ser testigos de sus fechorías y de encontrarse en el lugar y hora equivocados.

El otro era la Iglesia. Ella respetaba a Jesús, pero no a sus secuaces, que llenaban sus arcas con los diezmos del pueblo, ahogándolos de hambre, mientras ellos llenaban sus gordas panzas con comida y bebida que no les pertenecía.

Todavía no sabía porque había ido al baile, y se sentía muy incómoda.

Su padre insistía una y otra vez para que ella se casara, hasta que al final se hartó de oírlo y decidió hacerlo por el simple hecho de no escucharlo.

Pensaba, con razón, que aquello parecía una pollería, y que los hombres se acercaban a observar la mercancía, y a decidirse por la gallina más lustrosa.

Así que allí estaba ella, con el ceño fruncido y esa mirada helada perdida en el horizonte.

Gabriel se fue acercando tímidamente, como era él, y sin dudarlo enfrentó sus ojos a los de ella y con voz tranquila y pausada le saltó sin inmutarse: “Vinagre: ¿Quieres bailar?”

A ella aquello le descolocó.

Nadie se atrevía a mirarle a los ojos mientras estaba enfadada, ni mucho menos a llamarla Vinagre.

Entonces vio los ojos color miel de Gabriel, aparentemente tan insignificante, y consiguió ver en su interior el sufrimiento y aguante de aquel hombre, del que se enamoró al instante.

Lucía cedió ante los deseos de Gabriel, y finalmente se casaron y lo celebraron al aire libre, en una gran mesa, rodeado de sus familiares y amigos, a los que les ofrecieron sus mejores viandas, escasas, pero tan sabrosas como el mejor manjar, porque fueron servidas con el corazón.

Se fueron a vivir a casa de ella, y cuidaron a su anciano padre hasta que finalmente murió, sin haber conocido a sus dos nietas, Carmen y María, que con tanto esfuerzo consiguieron sacar adelante.

Así que allí estaba Gabriel, bajo aquel sol de justicia extremeño, cuando a lo lejos vio acercarse a su hermano Marciano, agitando los brazos y gritando su nombre: “¡Gabriel, Gabriel!”

Se levantó de un salto, sabiendo que algo pasaba, y corriendo salió a su encuentro.

- ¿Qué pasa hermano?
 - Tu mujer está de parto, date prisa, te necesita. Vete, yo

cuidaré de tu rebaño.

Sin pensarlo dos veces, Gabriel corrió hacia el pueblo como alma que lleva el diablo.

Mientras su futuro vástago venía en camino, él no podía parar de pensar.

Había pasado por una monarquía, una dictadura, y finalmente una república. Y, aunque la teoría está muy bien, en todas a él le había faltado el mendrugo con el que alimentar a su familia.

En cuestiones “de barriga”, sólo había dos tipos de personas: Las que tenían dinero y las que no; las que comían caliente todos los días o las que comían (si es que lo hacían), día no, y día tampoco.

Debía buscar otro empleo, o hacer que alguna de sus hijas sirviera en casa de algún señorito.

Y si encima había guerra, la cosa sería aún peor.

Se avivarían las rencillas en el pueblo, se enfrentarían hermanos contra hermanos, y al hambre se unirían los derramamientos de sangre.

Otra vez sangre derramada por unos ideales, como la de su compañero y amigo Juan.

Por eso él era feliz con su rebaño, ajeno a todo, y rodeado de animales. Esos animales, que no serán tan civilizados, pero que sólo matan, si es que lo hacen, por necesidad.

Casi sin darse cuenta, llegó a la puerta de su casa, donde le esperaba otro de sus hermanos, Frasco, su hermano mayor.

Frasco era cojo de nacimiento, y eso había agriado su carácter.

Pero aquel día Frasco estaba más concentrado en atender a su mujer, Elisa, que en preocuparse por los dolores intensos de su pierna.

Elisa tenía las mangas de su camisola remangadas hasta los antebrazos, mientras derramaba agua hirviendo sobre unas tiras de tela de color blanco inmaculado, hechas con los restos de una sábana vieja que previamente había desgarrado.

Eran demasiado pobres como para llamar al médico, así que las mujeres del pueblo ejercían de matronas cuando alguna vecina o cuñada lo necesitaba.

Gabriel se quitó la boina que llevaba calada en su cabeza, y la sujetó fuertemente con sus manos, mientras preguntaba:

“¿Qué quieres que haga?”

“Nada. Esperar y rezar para que tu mujer y niño no sufran ningún percance.”

Y, por primera vez desde hacía mucho tiempo, rogó a Dios que todo saliera bien.

Elisa entró junto con otra mujer a asistir a Lucía, mientras en el interior de la habitación ella juraba y perjuraba por los dolores y contracciones, como si estuviese poseída.

De repente hubo un silencio, que a Gabriel le pareció eterno.

Hasta que el llanto de un niño, agudo y potente, rompió aquel silencio e hizo que Gabriel respirara aliviado.

Gabriel sonrió, y por un momento desaparecieron de su mente todas las preocupaciones.

Oía la voz de un niño varón.

Había nacido su deseado hijo, al que llamarían Dionisio, aquella mañana calurosa del 10 de marzo de 1936.

Conchita

diariodeunparkinsoniano

2017-07-10 21:43

Aquella mañana fría de finales de Enero Maria Concepción, o como a ella le gusta que le llamen, Conchita, se siente fatal.

Nieva copiosamente y siente frío mientras mira por el pequeño ventanal de su cocina.

A duras penas puede introducir dos troncos de haya en la vieja cocina económica.

Hace ya una semana que salió de cuentas y está muy débil.

A principios de 1942 la vida es dura, incluso en aquel caserío que fue de su madre, y antes de la madre de su madre, y de la madre de la madre de su

madre, hasta perderse en el tiempo.

Hasta el momento ha tenido cuatro varones, y espera que la nueva criatura sea una niña.

Quiere continuar la tradición familiar de aquella zona del norte de Navarra, donde el matriarcado es tan importante.

Pero además quiere que alguien le ayude y le sirva de compañía mientras el resto de hombres se encargan de sus tareas.

Le gusta su casa, su caserío, cuyo nombre es Arrigaztelu, castillo de piedra traducido del euskera, la lengua de sus antepasados.

Aunque ha sufrido varias remodelaciones, la estructura es la típica del lugar: Una planta inferior como cuadra, para guarecer a los animales; Una planta intermedia donde vive con su familia; y finalmente un desván, donde almacenar trastos y la hierba que servirá de alimento para los animales.

Alrededor del caserío hay una huerta, donde cultivan todo lo necesario para cubrir sus necesidades, y también un amplio prado dividido en parcelas, con hierba para que pasten los animales, y maíz, alubias, remolachas y nabos repartidos a partes iguales, aprovechando al máximo esa tierra tan fértil regalo de la madre naturaleza.

Como todo poblador de aquel lugar, ante todo se sienten hijos de su tierra, la madre tierra "Amari", por encima de pendones o estandartes, ya sean castellanos o franceses.

Le hubiera gustado estar más fuerte para afrontar este momento. Pero al crudo invierno se ha unido la postguerra, donde conseguir azúcar o aceite es casi imposible, tanto de forma "oficial" mediante cartillas de racionamiento, como "extraoficial" mediante el extraperlo.

Aun así se siente afortunada, en su castillo de piedra, Arrigaztelu.

Puede conseguir la mayor parte de los alimentos de él, y además tiene cerca su amado monte, donde recoger frutos de todo tipo, como castañas, nueces, avellanas, y también esa fuente de vida llamada río Bidasoa, que le

ofrece agua para sus campos y abundantes truchas, salmones e incluso anguilas.

Esta fortaleza los ha tenido prácticamente aislados de la guerra inútil que enfrentó a hermanos hace ya tres años.

Tampoco les afecta demasiado la otra gran guerra que sucede más allá de las fronteras con Francia, salvo por la huida de gente hacia Portugal, escapando del yugo nazi y el ir y venir de aviones de guerra.

Suspira mientras se dirige hacia la pequeña borda que tienen debajo del caserío, que hace las veces de horno de pan. Su marido Antonio se ha levantado muy temprano para encender el horno y dejarlo todo preparado para que ella amase la harina, mezclándola con agua, sal y levadura, para hacer esas hogazas de pan esponjoso que los alimentan durante varios días.

Este año apenas tienen harina de trigo. La cosecha ha sido mala y el molinero no ha podido venderles más que un puñado de sacos para todo el invierno.

Afortunadamente han almacenado en el desván suficientes mazorcas de maíz como para alimentar a los animales, y poder hacer esas tortas llamadas talos, que tan ricos le saben.

Este año no han podido hacer matanza, así que están estirando todo lo que pueden sus reservas, en forma de longanizas y lomos de cerdo, guardados como oro envuelto en manteca de cerdo, en las ollas de porcelana tan antiguas como el propio caserío.

Mientras amasa con cuidado, piensa en el parto que se avecina.

Necesitará ayuda de su vecina Dolores, cuyo caserío apenas dista cien metros del suyo.

No le asusta demasiado el parto. Al fin y al cabo, piensa, somos como animales, pero más delicados. Y ella ha ayudado a dar a luz infinidad de corderos y terneros.

Siente una gran contracción que la hace encogerse de dolor, y mientras tanto piensa que ya ha llegado la hora.

Serénamente y con paso firme, deja lo que está haciendo y se encamina muy lentamente hacia su habitación, donde un gran crucifijo cuelga de la pared.

Al mismo tiempo grita a su marido “Antonio, Ikusi. Ordua iritsi da” (Ven, Antonio. El momento ha llegado).

Antonio, ese hombre rudo y parco en palabras, con el que se casó sin estar enamorada, en aquella boda concertada entre familiares.

Pero también Antonio, ese hombre que se desvive por ella para intentar cuidarla todo lo que puede, y que sale corriendo para ayudarla a acostarse en la habitación.

Después sale corriendo para avisar a su vecina al tiempo que ordena a su hijo menor, Jesús, que vaya a avisar al resto de hijos, Paco y Jerónimo, que se ganan la vida limpiando el monte y talando árboles.

Al oírlos partir, Conchita piensa en su recién desaparecido hijo Florencio, muerto de un ataque epiléptico, y no puede evitar derramar una lágrima. Esa lágrima que siempre es amarga, pero más aún cuando se derrama por un hijo, salido de sus entrañas.

Otra contracción la devuelve a la realidad, y al tiempo que grita de dolor, la cama se humedece al romper aguas precipitadamente.

Por fin llega Dolores junto con otra vecina, y sin mediar palabra, se ponen manos a la obra para ayudar a su vecina, y sobre todo amiga.

El nuevo ser se abre paso hasta que Dolores puede distinguir su sexo y se lo comunica a Conchita: Se trata de una niña.

Conchita, aunque exhausta, esboza una sonrisa y piensa que ya puede morir con el deber cumplido. Le llamará Hilaria, o también Hilari.

No quiere un nombre común. Quiere un nombre que todo el mundo, cuando lo diga, piense en un ser especial: Su amada hija.

Y así, aquella mañana fría de invierno, pero resguardada por su fortaleza, nació la nueva princesa y dueña del castillo de piedra, Arrigaztelu.

La sonrisa de un niño

diariodeunparkinsoniano

2017-07-12 19:18

Hace un par de días fui con mis sobrinos a las atracciones, que aquí se llaman barracas, que han puesto en Pamplona, por ser San Fermín.

Ya se me había olvidado la ilusión de ese momento, el poder montarte en una atracción, que, además, si es para mayores, mejor.

Hace también un mes que me cambiaron la medicación. Quiero ser optimista, pero la mano me sigue temblando, sobre todo en situaciones que se salen de mi vida normal, como por ejemplo esta.

Era temprano, y había llovido la noche anterior, así que todo estaba cerrado.

Para matar el tiempo fuimos de atracción en atracción, y lo que le gustaba a mi sobrina, no le gustaba a mi sobrino, y viceversa.

Por fin nos paramos en una atracción que es una especie de rápidos, en los que vas montado en una barca en forma circular, y que daba vueltas.

Como a mi sobrina le daba miedo, me tuve que montar con ellos.

Durante todo el tiempo me estuvo temblando la mano.

Salí de la atracción un poco descolocado, y sobre todo desanimado.

Seguimos recorriendo la feria, hasta que encontramos una especie de toros mecánicos, y me pidieron montarse.

Otra vez pedí las entradas, y otra vez no paraba de temblarme la mano.

Se montaron, y empecé a sacarles fotos antes que se pusiera en marcha la atracción.

La mayoría de las fotos salían borrosas, por los temblores.

Y empezó a moverse la atracción.

Y miré a mi sobrino, todo concentrado, sujetándose con fuerza para no caerse, y a la vez, me robó una sonrisa.

Y entonces miré a mi sobrina, y la vi tan ilusionada, y con tal cara de felicidad, que me importó una m... el que me temblara la mano.

Y disfruté del momento con ellos.

Ese momento de su infancia que me guardaré para mí.

Pobre de mí

diariodeunparkinsoniano

2017-07-14 21:46

Hoy es catorce de Julio, y se “celebra” el pobre de mí, el último día de las fiestas de San Fermín.

Llevo toda la semana con una contractura en la espalda que no me deja moverme libremente, y hoy, por fin, he acompañado a mis amigos, a paso de tortuga, dando una vuelta por Pamplona, para estar con ellos, aunque sea en este día triste.

Habíamos planeado salir por la noche, aunque los franceses tomen mi ciudad, como si fuera su Bastilla.

Y aunque me han consolado diciendo que habrá más oportunidades, me han dado envidia.

Por una vez, desde que tienen niños, pueden salir sin preocuparse cuando llegar a casa.

Me hubiera gustado quedarme toda la noche con ellos, como hacíamos cuando teníamos veinte años, y el ciclismo tenía nombre de Miguel.

Mientras miraba desde la ventana de mi casa el colorido de los fuegos artificiales iluminando la noche, he recordado las veces que, sin esperarlo, hemos convertido el catorce de Julio en quince, llegando a casa vestidos de blanco color vino, y más cerca del mediodía que de la mañana.

Y me ha “jodido” un poco más no quedarme, porque estaban mis amigos de siempre, con los que he celebrado el inicio de un eterno noviazgo comenzado en estas fiestas, y que acabó en boda delante del Santo, o las charlas “patatiles” bajando por unas huertas que ya sólo existen en nuestra imaginación, o la caza de aquel “bambi” en el tiro pichón con mi amigo del alma, atrapado más por lástima que por puntería, después de habernos bebido la cosecha de vino añejo.

Y la moraleja es la de siempre: No planees nada y vive el momento.

Porque no hacen falta “pobres de mí” para echar de menos una juerga, y, sobre todo, la compañía de mis mejores amigos.

Os quiero
diariodeunparkinsoniano

2017-07-18 21:03

Hoy ha sido uno de los días más tranquilos desde que tengo Parkinson, casi se me ha olvidado que lo tengo.

Y eso que me he levantado inquieto.

Mi madre iba al neurólogo con mi padre y mi hermana, y estaba preocupado.

Afortunadamente la cosa ha quedado en nada, y cuando he recibido la llamada de mi hermana, he respirado aliviado.

Entonces me he acordado cuando la llevé a urgencias, porque había perdido la visión de un ojo.

Ella estaba tranquila, como si nada hubiera pasado, asumiéndolo con naturalidad, como si fuera ley de vida.

Yo no paraba de temblar, aunque intentaba mantener la compostura, para que ellos (mi padre y ella), se sintieran arrojados por mí, mientras mi hermana, que no había podido venir, continuamente me mandaba whatsapps que yo apenas podía contestar.

Le hicieron un montón de pruebas, y cuando le pidieron repetir el escáner, y pregunté la razón, pensé: La voy a perder.

Y empecé a apretarme los labios para no llorar y que lo notaran. Debía ser fuerte.

No se la razón, pero me vino a la cabeza la primera vez que la hice llorar. Yo era un adolescente, y como todos en esa época, tenía el pavo subido.

Creo que le pedí dinero para comprar algo, supongo que alguna tontería, y me dijo que no. Entonces le chillé y me fui dando un portazo, insolente, como si fuera el gallo del corral.

Algo me hizo volver al rato, y entré casi sin hacer ruido.

Y la vi llorando fregando los platos, en aquella cocina en la que dé más pequeños, mi hermana y yo nos escondíamos debajo de la mesa, observándola haciendo la comida.

Y entonces se me cayó el mundo, y la abracé por detrás y le pedí perdón mientras la besaba llorando y ella me decía “quita, tonto”.

Desde entonces no niego que haya reñido alguna vez con ella, ni que le haya chillado. Pero en todas y cada una de las veces, me acuerdo de aquel momento, y vuelvo donde está ella para pedirle perdón. Puedo tardar más o menos tiempo, pero siempre lo hago.

Se que se está haciendo mayor, como mi padre, y también que es ley de vida que los perderé.

También sé que soy muy afortunado por tenerlos, y aunque les veo todos los días, siempre les llamo por la noche cuando vengo de trabajar, porque no quiero perder ningún momento con ellos.

Ellos nos dieron la vida a mí y a mi hermana, y consumieron la suya trabajando por nosotros e intentando darnos las oportunidades que ellos

no tuvieron.

Y ahora, en el ocaso de sus vidas, se siguen desviviendo por sus nietos.

Mi sobrina se ríe cuando mi padre, en lugar de decir sandalias, dice andalias muy serio, argumentando que si son para andar serán andalias, y no sandalias, importándole muy poco la Real Academia de la Lengua Española.

De pequeños nuestros padres nos parecen dioses, y son nuestros ídolos, mientras ellos se sacrifican por nosotros, trabajando más de la cuenta e intentando darnos todo lo que ellos nunca tuvieron, perdiendo su juventud.

Vamos creciendo e, inconscientemente, nos enfrentamos a ellos, llevándoles siempre la contraria, sin pensar lo duro que puede llegar a ser para ellos.

Llega un momento que nos hacemos mayores y empezamos a comprenderlos.

Hasta que tienes hijos, y te sientes identificado con ellos, y el ciclo vuelve a empezar.

Y al mismo tiempo que tú te haces mayor, ellos se van convirtiendo en niños.

Y piensas que ha llegado la hora de cuidarlos, como ellos te cuidaron a ti.

Y de dar tu vida por ellos, como ellos la dieron por ti.

Por eso mañana al mediodía, cuando vuelva a ver a mi madre, le daré un beso.

Y aunque mi padre refunfuñe, también se lo daré.

Y les diré: Madre, padre: Os quiero.

Feliz Cumpleaños, Esti
diariodeunparkinsoniano

2017-07-21 22:02

Si, me he acordado: Hoy es tu cumpleaños.

Y como un caballero no dice la edad de una dama, diremos que está entre treinta y once y treinta y trece, justo a mitad de camino.

Como sé que te importa más lo que sale de las entrañas que lo que se compra con dinero, se me ha ocurrido escribirte esta carta.

Y aunque ya lo sabes, estas palabras no las escribo con mis dedos, ni con la cabeza, las escribo con el corazón.

Tengo muchos recuerdos contigo; Y espero que sean la millonésima parte de los que nos quedan por vivir.

Esos recuerdos, dulces y amargos, que se van entrelazando como una enredadera en el árbol de la vida.

Hay recuerdos alegres, como aquella acampada en Irañeta, en la que Oscar se rajó en el último momento, y lo dejamos en tierra, y nos llevamos la furgoneta de tu padre, terminado hablando y bebiendo kalimotxo al calor de la hoguera, en mitad de la noche, junto a Anita, Sonia y el Punky.

Y también los hay tristes, como cuando perdiste a tu padre aquellas navidades, o más recientemente a tu madre.

A tu padre prácticamente no lo conocí, pero a tu madre si, y mucho.

Esa mujer de la que has heredado su fortaleza, y que siempre hablaba medio chillando, que se guardaba los azucarillos que daban con el café, y que nunca faltaba a la fiesta de tu cumpleaños, impaciente a que nos sentáramos todos a la mesa, para comer esos bocadillos de “jamón con tumaca”, y beber una copa de vino.

Y aunque esta tarde no esté ella, nos reuniremos el resto de tus amigos entorno a una mesa, compartiendo comida, recuerdos y risas.

Seguramente el mejor regalo haya sido el tener a tu hijo Asier. Ese mozalbete al que quiero como a un sobrino.

O haberte casado con mi mejor amigo, que, lo que tiene de rebelde lo tiene de buena persona, y que te quiere con toda el alma.

O tener a tu lado a una hermana postiza, Anita, que, sacando fuerzas de flaqueza cuando no las tenía, se apoyó en ti y se reflejó en el espejo de tu madre.

Bueno, podía seguir y seguir....

Esta carta debería haberla titulado “Feliz Cumpleaños, Estíbaliz”, pero no me ha dado la gana.

Porque yo siempre te llamaré Esti, en “diminutivo cariñoso”.

Y porque te considero una de mis mejores amigas, amiga-hermana.

Porque en mí tienes un hermano, que no es de sangre y no te ha visto nacer, pero que te ha visto vivir.

Y porque al llamarte Esti, siento exactamente lo mismo que tú cuando me llamas Antoñico.

Y porque sé que eres una persona que sin decir nada, lo dices todo, con un gesto, con una mirada, o incluso con un silencio.

Así que:

¡Feliz Cumpleaños, ESTI!

El tiempo es relativo
diariodeunparkinsoniano

2017-07-23 16:32

Cuando estudiaba Teleco, vi por primera vez el significado del tiempo de manera matemática.

Lo tratábamos como una dimensión, donde teníamos las tres espaciales y añadíamos una cuarta, que era el paso del tiempo.

“Algo” está ubicado en una posición del espacio y puede cambiar con el tiempo.

También descubrí que, como decía Einstein, el tiempo es relativo.

Al principio no le di mucha importancia, era joven, y tenía otras prioridades.

Una noche de viernes estaba con mi amigo Oscar, hablando entre canción y canción, en el bar de siempre de nuestro barrio.

Bueno, en realidad hablaba él, y yo escuchaba, como casi siempre pasaba (y sigue pasando).

A veces se ponía en plan filosófico y en medio de una canción de Barricada te gritaba al oído “yo soy mi dios”, y no te dejaba meter baza.

Pero en una de estas le salté: “El tiempo es relativo”, y le expliqué el significado.

Le dije que el tiempo, aunque parezca algo fijo, depende del observador.

Y él se quedó pensativo, y por un momento permaneció callado.

Desde entonces, cuando menos me lo espero, me pasa un brazo por el hombro, y me dice: “El tiempo es relativo”.

Han pasado más de veinte años desde aquello, y de vez en cuando pienso que es verdad, que el tiempo es relativo.

Dependiendo de la situación en la que estés, el tiempo corre más rápido o más lento.

Si estás pasando un momento difícil, el tiempo corre muy lento, y se te hace eterno.

En cambio, si estás contento y sin preocupaciones, pasa rapidísimo.

A veces nos gustaría tener un cronómetro y pulsar el botón de pausa, para disfrutar del momento. Y otras veces girar la ruedecilla para adelantar el

minutero.

Lo cierto es que el tiempo pasa.

Bien o mal, pero pasa, y no lo podemos evitar.

Lo importante es intentar aprovecharlo y disfrutar del momento.

Puedes estar tirado en el sofá una tarde de domingo, sin hacer nada.

O puedes escribir en un blog, o invitar a unos amigos a tu casa para que tomen café, y de paso recuerden su infancia jugando a la máquina recreativa que has restaurado.

Puedes amargarte pensando en lo que pasará mañana de manera inevitable, aunque ya no le puedas hacer nada.

O puedes intentar estar preparado para suavizar la situación y que el golpe no sea tan fuerte.

Puedes lamentarte por la pérdida de un ser querido.

O puedes concentrar tus fuerzas en los que siguen a tu lado, dándoles todo tu cariño.

Puedes echar de menos a un amor que está en la distancia o que has perdido.

O llamarle y alegraros el día.

En fin... creo que me estoy poniendo filosófico, como mi amigo Oscar.

Porque yo también lo pienso: el tiempo es relativo.

Perdón

diariodeunparkinsoniano

2017-07-24 21:45

Perdón... por no haberte dicho antes nada de lo mío

Perdón... por quejarme demasiado sin motivo

Perdón... por creer que me invade el pesimismo

Perdón... por pensar que mi vida no he elegido
Perdón... por no valorarte suficiente en lo vivido
Perdón... por no ver lo fuerte que en tu vida has sido
Perdón... por todos estos años sin haberte defendido
Perdón... por no demostrar en cada momento lo que te estimo
Perdón... por a veces olvidar cuanto me has querido
Perdón... por remover recuerdos rescatados del olvido
Perdón... por sin querer, haberte herido
Perdón... por no pensar más en ti cuando escribo
Perdón... por hacerte llorar sin haberlo pretendido
Perdón... por expresarme mejor en palabras que contigo
Perdón... por garabatear estos versos sin habérmelo pedido
Perdón... Perdón... Perdón...

Mi barrio
diariodeunparkinsoniano

2017-08-09 20:29

Hoy, como casi todos los días, he ido a pasear.

Y como casi siempre, mis pies me han llevado sin rumbo.

Hoy caían unas gotas de lluvia y el cielo estaba encapotado, todo manchado de gris, así que he paseado por mi barrio.

Un paseo sosegado, por las calles que siempre he conocido.

Todavía no lo he dicho, pero mi barrio es Ansoain.

Si. Ansoain, con acento en la “a”, en lugar de la “i”, y terminado en “n fuerte”.

O si lo prefieres, Antsoain en euskera.

He crecido con él. O mejor, él conmigo.

Y se lo que me digo, porque tengo ya 45 años.

Y de ellos, todos los he vivido aquí, en mi barrio, desde que nació.

Hacinado en aquellas prefabricadas que eran un horno y en donde escondidos en sus bajos, alguno que otro probó su primer beso.

O correteando por sus calles sin asfaltar, llenas de baches y montículos de arena donde hacíamos cuevas y escondíamos a nuestros indios y vaqueros.

O metido en aquel 600 que siempre estaba aparcado en frente de la calle Lerín, jugando al escondite, o “al churro, media manga, manga entera” en el parque de Lapurbide, con su barca de hierro oxidado y aquel tobogán enorme “mata niños”.

O corriendo como alma que lleva el diablo para llegar al campo de fútbol y jugar “al guá” con aquellas canicas enormes, al salir de aquel colegio reluciente y recién estrenado, aquellas tardes de viernes.

O disfrazado en carnaval, con aquellos trajes tan elegantes, hechos de bolsas de basura, y con la cara toda tiznada de corcho quemado.

O en fiestas del barrio, donde al principio había vaquillas, y autos de choque “para mayores” en el “campo de delante”, y siempre ponían alguna canción de Chiquetete, o “Mamma Maria” de Ricchi E Poveri, o “Pan de Higo” de Rosendo, y que podías escuchar sentando cómodamente en el balcón de tu casa.

O, también en fiestas, cuando cambiabas cromos de fútbol, o te gastabas el dinero en el “tirapichón” para conseguir algún que otro peluche, mientras una orquesta tocaba en el baile, o esperabas en la cola para coger chocolate con churros, y pensabas que eran las mejores fiestas del mundo.

O en medio de un incendio en mitad de la noche, cuando se quemó aquella tienda de deportes, y todos salimos en pijama y bata mirando

como los bomberos apagaban las llamas.

Durante un tiempo mi barrio estuvo aletargado, como un oso hiberna en las tardes frías de invierno.

Era un tiempo donde si decías “vivo en Ansoain” te miraban mal, y hasta se ponían a temblar. Donde nadie se atrevía a meterse con nosotros, a riesgo de salir “apaleado” por la piña que formábamos.

Poco a poco yo me fui haciendo mayor, y mi barrio conmigo.

Aquella escuela paso de ser “algo para niños” a ser el refugio donde los adolescentes nos tumbábamos en la hierba del “yerbín”, escuchando música heavy, en la prehistoria del botellón.

Y con el paso del tiempo, mi barrio pasó de pertenecer a una cendea a tener ayuntamiento propio, como un hijo se emancipa, abandonando la protección del hogar.

Y el barrio empezó a crecer, y nacieron nuevas calles, que se fueron poblando de gentes, algunas de fuera, aunque, sobre todo, de aquellos críos y crías que crecieron en él.

Hoy en lugar del “campo de delante” está la Iglesia.

Y la plaza del ayuntamiento guarda en sus entrañas el campo de fútbol.

Y la escuela sigue siendo la escuela, donde siempre ha estado Mariaje, su portera.

Hoy cualquiera diría que mi barrio está muy cambiado, irreconocible.

Pero yo lo sigo viendo igual, porque para mí siempre será mí barrio, Ansoain, con acento en la “a”, en lugar de la “i”, y terminado en “n fuerte”.

La familia del hojalatero
diariodeunparkinsoniano

2017-08-15 08:31

Érase una vez un hojalatero.

Érase una vez un hombre rubio, alto y bien parecido, de mirada profunda, llamado José, pero al que todos llamaban Pepe.

Érase una vez un hombre que recorría Navarra de un extremo a otro, avisando de su llegada con su chiflo, su flauta de pan, que por supuesto había confeccionado el mismo.

Con sus manos, herramientas, y, sobre todo, su imaginación, devolvía a la vida ollas, sartenes y cualquier otro utensilio.

Hasta que conoció a su ángel particular, que, como no podía ser de otra forma, se llamaba Ángela.

Y fueron felices y comieron perdices.

Y con el paso del tiempo tuvieron dos niñas, una de las cuales era un poco despistada.

Y aquella niña se convirtió en mujer.

Y una tarde de domingo, mientras bailaba al ritmo de una canción de Antonio Machín, apareció en su vida su minero particular, regalándole su corazón.

Y ella no se lo pensó y se fue con él a la capital, y formaron una familia.

Y pasaron los años y tuvieron dos niñas, que se hicieron mayores conociendo lo mejor y lo peor de la calle, y que finalmente también fueron madres, de un universitario y del vaquilla de la familia.

Y pasaron y pasaron los años, y tuvieron otras dos niñas más, hasta que finalmente nació el hijo varón.

Y, mientras en la tele sonaba la canción de los payasos, la mayor de las pequeñas torturaba al muñeco de la otra hermana, desquitándose del trono perdido.

Y la más pequeña se acurrucaba en su manta, hasta sobarla y sobarla, haciendo bolitas con la lana, y su hermano las miraba sonriendo desde la cuna.

Y aquellas niñas también se fueron haciendo mayores.

Hasta que una tarde la mayor entró en una cueva de murciélagos y conoció a su William Wallace de ojos verdes, con el que finalmente tuvo a su princesa del alba, rubia como su abuelo.

Y pasaron los años, y el hermano abandonó este mundo una noche de luna llena. Y su abuelo y su padre no lo quisieron dejar solo, y lo siguieron al poco tiempo.

Y la vida siguió, y la pequeña buscó el amor, y lo encontró al segundo intento, hasta que se cruzó en su vida un maldito andamio, que desmoronó su vida, y la llenó de oscuridad.

Pero trabajó y trabajó, y se convirtió en doctora y en madre, y se esforzó y se esforzó.

Y un día apareció un arco iris en la oscuridad, y con el tiempo un amanecer que poco a poco se irá convirtiendo en día.

Y colorín colorado, este cuento casi ni ha empezado.